



sociedad

Diciembre negro de violencia machista

El mismo dopaje, menor tolerancia

- La reacción de la sociedad y del propio deporte a la Operación Galgo muestra el cambio ético ante las sustancias prohibidas
- La idea de que el deportista es una marioneta es contestada

CARLOS ARRIBAS

“No siento remordimientos de conciencia por nada de lo que he hecho. He vivido lo que tenía que vivir, he hecho lo que tenía que hacer. Caí en el dopaje porque así era el sistema. Era así y así es. Pero tampoco quería tener 21 años ahora e intentar hacer toda mi carrera limpia”. Así habla un deportista profesional español de más de 30 años.

Habla del sistema y habla también de la moral, la ética de geometría variable, de su deporte, de los deportistas, del sistema. “Cada uno, cada deportista, cada técnico, cada patrón, tiene su nivel ético. Nunca ha sido igual para cada persona, cada uno viene de una cultura, ni en todos los tiempos. Ahora se ve mal lo que antes era perfectamente normal, por ejemplo”, continúa. “Así que la única referencia de actuación es la que marca el reglamento antidopaje. Es la línea de lo que está bien y lo que está mal, así que si uno no da positivo, no hace nada mal. Además, creo que el reglamento antidopaje está establecido por tres motivos: para cuidar la salud del deportista, en lo que no creo; como negocio por parte de los organismos antidopaje, que me da igual, y para que los malos no ganen a los buenos, que no se puedan alterar los resultados, para que no salgan perjudicados los que más y mejor trabajan. Esta es la única justificación que vale para mí”.

Quizás este deportista represente el pensamiento antiguo, una filosofía que, dicen, se ha quedado en el siglo pasado. En la época en la que el pensamiento mayoritario del pelotón ciclista, por ejemplo, lo refleja este corredor anónimo australiano: “¿Cómo puedes pensar en ir a una cacería sin una escopeta? ¿Y por qué ir al Tour de Francia con un hematocrito de 42 cuando sabes que los demás andan por 55? Es como decir: OK, vamos al duelo de OK Corral, y yo iré armado con una

Se veía el dopaje como inevitable dada las presiones del negocio

Contrasta el trato dado a Delgado en el Tour y ahora a Marta Domínguez

pistola de agua. Sé que voy a morir”.

El poder moderno, nos enseña Giorgio Agamben, no es solo gobierno, sino que sigue teniendo necesidad de la gloria, y por eso todos los aspectos litúrgicos, ceremoniales y aclamatorios mantienen, en nuevas formas, su vigencia incluso en los tiempos actuales, en los

La lucha policial contra el dopaje

► Entre la Policía y la Guardia Civil han efectuado en España más de 40 operaciones contra el dopaje en la última década, pero la mayoría iban dirigidas contra la falsificación de productos y el tráfico de sustancias en gimnasios y salas de culturismo. Tres de ellas, sin embargo, han estado centradas en el deporte profesional de élite.

► **Operación Puerto (mayo de 2006).** Aún a espera de juicio, supuso el desmantelamiento de una organización, dirigida por Eufemiano Fuentes, al que se le intervinieron unas 200 bolsas de sangre. Implicados unos 50 ciclistas. Los más famosos: Jan Ullrich, Ivan Basso y Alejandro Valverde.

► **Operación Grial (noviembre de 2009).** Detención del médico peruano Walter Virú, que ejercía desde Valencia. Implicado el marchador Paquillo Fernández.

► **Operación Galgo.** Eufemiano Fuentes, Manuel Pascua y Marta Domínguez son los principales implicados de un caso que afecta, sobre todo, al atletismo.

que el capitalismo, en su forma última, se presenta como una inmensa acumulación de espectáculos.

No habla directamente de deporte —de los Juegos Olímpicos, o de los Mundiales, los grandes espectáculos en los que los Estados encuentran ahora la gloria— en su discurso el filósofo romano, pero seguramente le vendrán al pelo para todos aquellos deportistas que justifican su elección personal —¿doparse o no doparse?— en la inevitabilidad determinada por las presiones de un sistema, un *business*, una organización deportiva —patrones, directores tras el volante, entrenadores, prensa— que exige éxito y gloria en cada momento y en el que ellos, los deportistas, no son sino víctimas, marionetas.

El objetivo de los centros de alto rendimiento inventados en los países de la vieja Europa a imitación democrática de las escuelas de deporte de los países del Este para organizar el dopaje de Estado no es otro que el de fabricar medallas. Los deportistas, como si fueran coches de hermosa mecánica, se ponen en manos de los fisiólogos del ejercicio, los nuevos sacerdotes, que como mecánicos les ajustan y regulan para obtener el máximo rendimiento. Por cualquier medio. Eufemiano Fuentes, médico formado en las artes de la preparación biológica en la Che-

coslovaquia y la Alemania del Este de los años 80, e implicados ahora en la Operación Galgo, serían los representantes actuales de ese sacerdocio.

Así se justifica, por ejemplo, la caída de Marta Domínguez, imputada en la trama y a quien la Guardia Civil atribuye una de las bolsas de sangre encontradas a Eufemiano en 2006.

El límite móvil de la ética

ANÁLISIS

Pedro Horrillo

No he tenido ni tiempo ni, principalmente, gana, de seguir el día a día de lo ocurrido estos días con la Operación Galgo. El *déjà vu* que sentí al conocer el alcance de esta operación era demasiado evidente, todo recordaba en exceso a la Operación Puerto, y la sorpresa fue conocer que incluso alguno de los principales protagonistas eran comunes. Entonces se hablaba de deportistas; al final solo se conocieron nombres de ciclistas. Ahora el asunto ha golpeado frontalmente al atletismo y parece que no hay más deportes implicados. No sé qué habrá de cierto, pero la realidad es que el dopaje es un problema global del deporte, no entiende de disciplinas ni de

especialidades, a pesar de que en alguna de ellas sean más proclives a la trampa.

Pero a lo que voy es a otra cosa. Según la ley actual, cada deportista es directamente responsable de las sustancias que circulan por el interior de su propio cuerpo. Hasta aquí todo bien. Pero cabe preguntarse hasta dónde llega la ética individual de cada deportista para decidir qué hacer y qué no hacer cuando se trata de utilizar sustancias o métodos que se acercan peligrosamente a la barrera de la ilegalidad. Entre el que compite dopado y el que compite a base de pasta y filete hay infinitos términos medios. Por eso esa ética personal será la que decidirá lo cercano o lejano que estará ese término medio que tú has elegido para desarrollar tu trabajo, del límite de la legalidad, la barrera entre un control positivo y uno negativo.

Un límite que, no hay que olvidarlo, es móvil, y cada vez acecha más al deportista, supuestamente siempre en defensa de su salud, aunque a veces esto último sea muy discutible.

Y obviando esta responsabilidad última de cada deportista, no hay que olvidarse de la carga de responsabilidad compartida que hay que dar a todo su entorno —léase médicos, entrenadores, preparadores, amigos, familia, compañeros...— Es decir, la burbuja que rodea a cada uno de los deportistas profesionales, unas comunidades propias e individuales a menudo radicalmente desconectadas del resto de comunidades que forman el ecosistema de ese deporte. De la ética que posea este entorno, y de los conflictos que pueda provocar con la que tenga el deportista en caso de que sean divergentes, dependerán

las decisiones a tomar. Entonces, variables como el carácter de cada uno, la personalidad, las circunstancias concretas o incluso la propia suerte de haber aterrizado en un terreno firme u otro pantanoso por pura casualidad, marcarán el camino que tome cada uno individualmente.

Es por ello que en este caso por ejemplo, y por simple simpatía personal, me apena especialmente el problema del etíope nacionalizado español Bezabeh. Él sabrá qué decisiones ha tomado con respecto a su carrera y deberá ser consecuente con ellas. Pero teniendo en cuenta las circunstancias en las que llegó a este país, y la forma en la consiguió acceder al atletismo profesional, me queda la sensación de que en el fondo no ha sido más que una víctima colateral del sistema. Quizá me equivoque, quizá no, no lo sé, pero en ocasiones nos equivocamos cuando culpabilizamos exclusivamente al deportista.

Pedro Horrillo es exciclista profesional.





sociedad

Menos operaciones de cirugía estética, más bótox



cultura

El Gobierno dejará de buscar a Lorca



pantallas

Larry King se despide después de 25 años



Un laboratorio de Lausana donde se analizan muestras tomadas en controles antidopaje. / REUTERS

Sorprendentemente, o no, el apoyo popular del que gozaron algunos de los ídolos del deporte español acusados en su momento de dopaje —recuerden cuando a Perico Delgado le quisieron quitar el Tour de Francia, hace no tanto, en 1988— no lo ha disfrutado la palentina, que solo ha contado con la simpatía de sus vecinos.

“Esto es porque los tiempos están cambiando, han cambiado”, dice Mikel Zabala, un profesor de la universidad de Granada que ha puesto en marcha en la federación de ciclismo, el deporte que, quizás, junto al atletismo, más identifica la sociedad con el dopaje, el programa *Prevenir para ganar*. “Han cambiado a golpe de operación poli-

cial. Ha cambiado lo que piensa la sociedad de los dopados y ha cambiado lo que piensan los propios deportistas. Pero, paradójicamente, dada la popularidad de los últimos ciclistas con problemas, el pelotón está mejor que nunca, pero se habla de dopaje más que nunca”. “Se ha notado el cambio”, dice el deportista, anónimo, que

no reniega de su pasado, del pasado. “Se ha notado sobre todo en Europa, los deportistas jóvenes son más críticos con el *doping*, jóvenes con otra cultura, otra base”. Para Zabala, que también imparte la asignatura de Ética a futuros directores ciclistas, “ha habido más de un sabotador al volante” (directores de-

portivos), pero ahora se trabaja “en la buena línea”. “Y ha cambiado también la actitud de los patrocinadores que, quizás por miedo a la mala imagen, han empezado a preocuparse por la imagen y ya no miran hacia otro lado, como antes, y están de acuerdo en que hay que recalculer el papel del médico en el equipo”, dice Zabala. “Y en los cuestionarios que hago rellenar a los aspirantes a director y en lo que les hago hablar públicamente veo que se habla ya del dopaje de una manera distinta”.

“El mensaje que legitimaba el dopaje, transmitido de padres a hijos, de unos a otros, era que el que no lo hacía era tonto. Ese era el discurso. Ahora son cada vez más críticos”, dice Zabala, quien echa de menos, sin embargo, “más compromiso en el pelotón profesional. “Hay gente, como Joseba Beloki, que quiere mirar hacia adelante, pero sin temor a mirar atrás, a asumir los errores”.

Quizás deban aprender los demás deportistas de la reacción de la mayoría de los atletas ante la Operación Galgo, aplaudiendo en un manifiesto a la Guardia Civil y pidiendo que se sancione a los culpables. Es el comienzo de la aplicación del castigo de la exclusión social. Los *limpios* estaban hasta ahora acogotados, callados por la ley del silencio impuesta por los tramposos. “Y tienen razón los atletas”, dice Zabala. “La exclusión social es quizás el peor castigo que pueda recibir un deportista. Que los suyos le miren mal, no lo acepten, es peor incluso que una suspensión”.

+ EL PAÍS.COM

Participe

¿Es el deportista dopado culpable, o una víctima?

¿Qué política antidopaje?

ANÁLISIS

Martin Hardie

Cuando escribimos nuestro informe acerca de la actitud de los ciclistas australianos ante el sistema de lucha contra el dopaje nos dejamos guiar por los comentarios del profesor Barry Houlihan, quien escribió en su libro *Dying to win (Morir por ganar)*, que más que basarse en conceptos tales como juego limpio o salud pública, la política antidopaje, para ser más efectiva, debería concentrarse en las justificaciones derivadas de la experiencia: una política hecha a la medida de cada circunstancia particular, de cada deporte, de cada cultura. Los ciclistas profesionales australianos, eso descubrimos entrevistándolos, son cínicos y desconfiados en lo que respecta a las

razones institucionales para luchar contra el dopaje. Para ellos, lo importante era la protección de la salud y de la forma de ganarse la vida tanto de ellos individualmente como de su comunidad, del pelotón. La mayoría de los ciclistas no ganan muchas carreras, y algunos no ganan ninguna durante largos años de vida profesional, pero eso no significa que no tengan éxito en su trabajo y en su deporte. El ciclismo es, en realidad, un deporte social en el que la colaboración es la regla. Se deben favores unos a otros, se generan deudas entre corredores y entre equipos. El pelotón es, en el fondo, una entidad autogestionaria con sus propios métodos para sancionar a los que rompen las reglas. Hay un sentido de cooperación en ciclismo que no se da en otros deportes, incluso entre corredores y equipos rivales. Es un deporte único. Para

muchos corredores, la belleza principal de su deporte reside en el sentido de comunidad que se crea en el pelotón, que se rige por un libro de reglas no escritas: quien no las respeta es llamado al orden. Aprendimos de las entrevistas que hicimos a decenas de profesionales que las nuevas generaciones de corredores ven el respeto hacia las normas antidopaje como algo en lo que está en juego su propia supervivencia como individuos y como comunidad. Para tratar de entender este concepto nos dejamos guiar por la obra de Michel Foucault sobre la ética del cuidado de uno mismo. ¿Cómo podemos convertir la concordancia en cumplimiento? Si el código moral está constituido por un régimen antidopaje global (Agencia Mundial Antidopaje, Unión Ciclista Internacional), la pregunta de cómo comportarse uno éticamente

implica la de cómo los ciclistas y el pelotón se constituyen en sujetos morales de sus propias acciones. En palabras de un ex corredor profesional: “La única alternativa sostenible es la de encontrar un medio de cambiar la cultura del pelotón. Es necesario atacar el cuerpo del deporte, y conseguir aunque sea un mínimo movimiento que, en la práctica, acabará haciéndose grande... Encontrar algo que los corredores quieran promover sería, efectivamente, una herramienta muy poderosa”. En esta idea de un *pelotón social* actuando como una comunidad, y en su experiencia social, es donde podremos encontrar el potencial para desarrollar una ética racional que minimice el daño y asegure la sostenibilidad de un deporte hermoso. **Martin Hardie** es profesor de Derecho en Geelong (Australia) y coautor del estudio *Ojalá tuviera 21 años, más allá del dopaje en el pelotón australiano*.